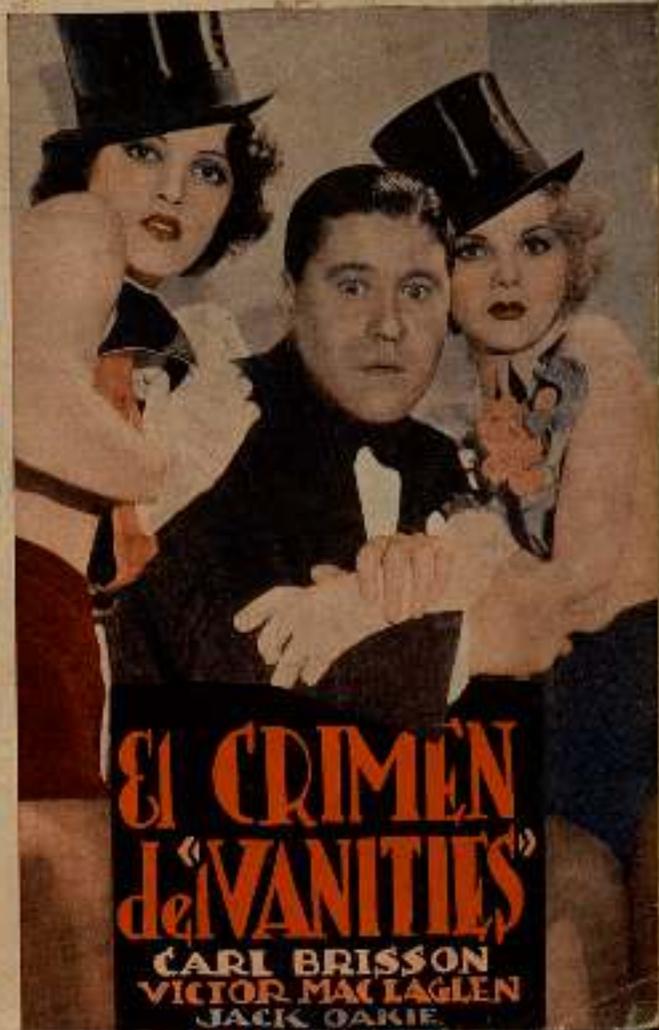


el
FILM
de HOY

30
cp



El CRIMEN
de las VANITIES

CARL BRISSON
VICTOR MACLAGLEN
JACK OAKIE

LEISEN, Mitchell



Año II

Núm. 52

EL FILM DE HOY

Publicación semanal de argumentos de películas modernas

Director: FRANCISCO-MARÍO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

BARCELONA

Murder at the Vanities, 1933

EL CRIMEN DEL "VANITIES"

Dramático asunto, interpretado por CARE
BRISSON, VICTOR MAC LAGLEN, JACK
OAKIE, KITTY CARLISLE y DUKE
ULLINGTON y su famosa orquesta

Es un film de la famosa marca

Paramount

Distribuido por

Paramount Films, S. A.

Paseo de Gracia, 91

BARCELONA

Postal-regalo: LEWIS STONE

Prohibida la
reproducción

Distribución para España:

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbará, 16 - BARCELONA :: Evaristo S. Miquel, 11 - MADRID

Gráfica Minerva - Rosellón, 207 - Teléfono 79.66 - Barcelona

El crimen del "Vanities"

Argumento de la película

El "Vanities" era uno de los mejores teatros donde se cultivaba el género de revista. Las mujeres más bellas, los cuadros más vistosos, los escenarios más perfectos. Y todo ello dirigido por Jack Ellery, hombre que tenía la perfecta visión de la técnica teatral.

Aquella era noche de estreno y entre bastidores reinaba un movimiento febril. Todo el mundo iba aprisa, camino de su deber. Había el ansia precursora del éxito.

Bill Murdock, agente de policía, hombre listo, mujeriego, campechano, acababa de pedir a Jack unas entradas para presenciar la función. Quería invitar a una de sus amiguitas, pero Jack negóse en redondo a complacerle con el pretexto de que ya carecía de localidad alguna, pero en el fondo, cansado de los continuos sablazos del agente, cuyo número de amiguitas llegaba a lo infinito...

Murdock se fué muy disgustado, mascullando sordas amenazas contra el egoísmo del empresario.

—Algún día me necesitarás... y entonces te acordarás de hoy.

—No me interesas en absoluto... Otras cosas llaman mi atención. ¿Dónde están Lander y Ana?

—No han llegado aún, señor — dijo uno de sus empleados.

—Pero, ¿qué hace esa gente? Vamos a empezar...

Ana Ware era la vedette de la revista y Eric Lander, su joven acompañante en las canciones.

A aquella misma hora estaban ensayando en su casa la canción que debían cantar en la función. Y entre párrafo y



—Algún día me necesitarás... y entonces te acordarás de hoy.

párrafo de la canción, se besaban proclamando su amor, el anhelo de casarse inmediatamente para fundir las dos llamas de sus almas.

Cuando llegaron al teatro era ya muy tarde y Jack les sorprendió besándose apasionadamente.

—Noche de estreno y haciendo tonterías. ¡Muy bonito! ¿Piensan ustedes casarse?

—Esta misma noche, después de la función.

—¡Qué suerte! Ya estarán contentos. La prensa lo publicará en primera página. Pero mientras tanto, salgan, que se hace tarde.

Se abrió el telón; la revista daba principio. Ana, usaba de seda y oro, se dispuso a salir a escena. Y mientras Eric estaba dando sus últimos toques a su traje, se le acercó Norma, la doncella alemana de Rita, la segunda estrella, y le dijo mientras le envolvía en una mirada muy honda, casi hipnótica por su fijeza:

—Le deseo a usted un gran triunfo.

—Gracias, Norma.

—Con su permiso...

La llamaba Rita, que le preguntó qué era lo que estaba hablando con Eric.

—Le felicitaba porque se casa con Ana.

Rita palideció y un fúscuo resplandor brilló en sus ojos.

—¿Se casa... y con esa mujer? ¡Qué ingrato!

Las tipes que estaban con ella en la gran sala tocador, rieron.

—¿Por qué es ingrato?

—Yo le traje aquí. Lo que es, a mí me lo debo. Habíamos trabajado juntos. Me abandonó para irse con esa... estúpida.

Salió con un gesto de repugnancia, de hastio, como si la vida la cansara, mientras sus compañeras se reían y sólo la señora Smith, la encargada del cuarto tocador, permanecía seria, con el rostro pensativo y doliente.

La señora Smith, mujer ya entrada en años, fué al encuentro de Eric, que presenciaba desde bastidores el primer cuadro de la revista.

—Rita está furiosa — le informó.

—No te preocupes.

—Su conducta puede perjudicarte. ¿Por qué no hacéis las paces?

—Conozco bien a Rita. Ya le pasará.

Ojalá sea así.

Apareció Ana que iba a salir, de un momento a otro, al escenario. Y en aquel mismo instante cayó desde lo alto del amplio techo, un saco de arena que pasó a un palmo de la cabeza de la artista, con lo que ella salvó milagrosamente la vida.

Ana atribuyó inmediatamente lo ocurrido a una agresión, pues pocos momentos antes le habían roto también de manera misteriosa el amplio espejo de su cuarto.

—Cálmate, nena. No ha sido nada...—le dijo Eric.

Pero Ana tenía un presentimiento. Conocía la rivalidad de Rita, en otro tiempo novia de Eric, hasta que éste, cansado de los caprichos de aquella bella mujer de alma vulgar, rompió para siempre con ella.

—Habrá sido Rita...

—No. Pero aunque así fuera, por más que haga no logrará impedir nuestra boda.

—Y si algo ocurre seremos ya marido y mujer.

Eric dió cuenta al empresario de su sospecha de que Rita pudiera agredir a Ana.

Pero antes de salir Ana, al apoyarse en una cuerda, ésta se rompió y la joven estuvo a punto de matarse.

Era aquella la tercera agresión y no había, pues, ya motivo para dudar de que alguien se había empeñado en suprimir a la estrella, por lo que Jack telefonó a la jefatura de policía pidiendo que mandaran inmediatamente un agente.

Sobreponiéndose a su emoción, Ana cantó y bailó maravillosamente, acompañada de Eric y entre las bellísimas mujeres, que constituían el ornato y la alegría más extraordinarios.

Cuando Eric terminó su número, la señora Smith le informó misteriosamente:

—Está en tu cuarto...

—Vamos allá.

Y se dirigieron a la habitación de él donde estaba una mujer joven y bien vestida.

—¿Ha tenido suerte?—le preguntó Eric, anhelante.

—Desde luego. Recobré lo que le robó.

Y puso un paquete en sus manos.

—Fue Rita, ¿verdad?

—Al menos lo encontré en su casa. ¿Falta algo?

Registró el paquete en el que había unas cartas y un retrato.

—No sé ni me importa. Tengo lo que quería.

—¿Cree que será suficiente?

—¿Por qué lo duda?

—Me parece que ha escrito a la policía vicnesa. Aquí está el borrador.

La señora Smith cogió febrilmente aquel papel y dijo:

—¿Lo ha leído usted?

—No quise leerlo—respondió con serenidad.

—Si lo ha leído. Pero si dice una palabra a nadie...

—No te alteres—aconsejó Eric.

—Le prometo que no diré nada a nadie—contestó la visitante con firmeza—. Comprendo el interés en esa cantante de Opera de hacer treinta años y...

La señora Smith palideció.

—¡Ah! ¡Ahora lo saben Rita y esa mujer!

Prometió de nuevo la visitante guardar absoluta discreción y Eric marchó al camarín de Rita, deseoso de tener una explicación con aquella mujer de melévolas ideas.

Rita acababa de reñir y maltratar a su doncella Norma que salió asustada después de dirigir una mirada de imploración a Eric.

—Muy bonito—le dijo él—. Robaste un retrato de mi casa.

—Yo no lo robé. Lo encontré casualmente buscando otra cosa.

—¿Por qué te lo llevaste?

—Porque entonces me interesaba particularmente la mujer del retrato, famosa en Viena, hace treinta años.

Y había una sonrisa irónica en sus labios y su mirar hacía daño.

—¿Qué hiciste con él?

—¿Te importa? Era el retrato de Elsie Singer, cantante de la Opera.

Eric tenía que contener su furor ante aquella mujer glacial y desdefiosa.

—¿Por qué escribiste a la policía de Viena?

—Es lo mismo. Si te portas bien conmigo, nada te sucederá.

Suplicó el joven con una mayor emoción.

—Ten un poco de consideración para una madre y su hijo...

Le envolvió en la luz de sus ojos duros, irisados y sonrió, contemplando el retrato.

—Te pareces a tu madre. Una madre que mató a...

—Calla... calla. ¡Mató a un canalla!

—La policía busca aún a la mujer que lo mató... a Elsie Singer.

—¿No tienes un poco de piedad para una mujer perseguida?

Rita tenía una belleza diabólica, negra como su alma. Cambió de expresión.

—¿Qué me dices de Ana? ¿Os casaréis?

—Esta misma noche.

Los celos vertían su veneno rápido.

—Pues el mismo periódico que dará cuenta de tu boda hablará de la detención de Elena Smith.

—No harás semejante cosa—contestó temblorosa—. Tienes demasiado apego a la vida.

—¿Me amenazas?

—Si descubres a mi madre te cerraré la boca para siempre.

Pero antes de que ella pudiera contestar entró Jack, quien cogiendo por el brazo a Eric se lo llevó de allí, pues era hora de volver a escena. Y Rita quedó sonriente, con una sonrisa que acabó en crispación. Llamó de nuevo a Norma y le dió órdenes con su dureza acostumbrada.

* * *

La señora Smith comunicó a Boothy, otro de los artistas, en quien ella tenía una íntima confianza y que conocía su pasado y que Eric era hijo suyo, lo que estaba sucediendo.

—Rita sabe lo de Viena.

—¿Sí? Ya le hablaré.

—Déjalo. Has sido muy buena conmigo, pero eso es asunto mío.

Pasaron Jack y Eric. Este iba preocupado ante las amenazas de Rita que no iban dirigidas exclusivamente contra él sino contra aquella pobre mujer que era su madre y que estaba encargada de la sección del tocador, sin que nadie más que Boothy conociera el secreto de su parentesco.

Una artista, Nancy, tímida y linda, se acercó a Jack.

—Señor Jack, quería decirle una cosa...

—Más tarde...

—Es que...

—Digo que más tarde.

Y continuando su camino con Eric, le dijo:

—Mañana todos los diarios hablarán de tu boda.

Contestó sombrío:

—No lo creo.

—¿Por qué?

—Aplazaremos la boda.

—¿Ahora cambias de opinión? En fin, allá tú.

Salió a escena donde estaban ya Ana y las segundas tiples en un maravilloso cuadro de revista en que el lujo y la fantasía se hermanaban para producir la belleza.

Mientras cantaban y danzaban en giros de ensueño Eric comunicó a Ana su propósito de aplazar la boda.

—Me asustas.

—No temas. Todo se arreglará a nuestro gusto.

—¿No puedo saber por qué la aplazas?

—Confía en mí.

En tanto avisaron a Jack que unos policías deseaban verle. Salió a su encuentro y hallóse ante Murdock y otro agente.

—No te esperaba precisamente a ti—dijo con desagrado.

—Ya ves—contestó con retintín—. Yo siempre estoy dispuesto a hacer un favor a un amigo.

—¿Estás enfadado aún por lo de las entradas? Yo te aseguro que...

—Bueno. No me vengas con excusas.

—¿Qué ha ocurrido?

—Pues que alguien parece empeñado en matar a la estrella.

—Detendremos al autor. Pero, ¡vaya mujeres que tienes en tu teatro! ¡Vaya garbo!

—¿Eres castigador o policía? Déjate de bromas.

Pero Murdock ya sólo parecía tener ojos para las muchachas que pasaban rodeándole del encanto de sus sonrisas y del tentador aroma de sus cuerpos. ¡Con lo que le gustaban a él esas criaturas de revista!

De pronto, una de las chicas que formaban en el conjunto, puso una expresión de espanto y apenas hubo terminado el cuadro corrió hacia el empresario dando un grito de terror y mostrando el brazo manchado por goterones rojos.

¡Sangre... sangre!—gimió.

—¿Qué está usted diciendo?

—Cae del techo... gota a gota. Me ha ido cayendo mientras efectuaba mi número...

—Vamos corrido arriba.

Murdock, Jack y algunos artistas, presos de profunda expectación, se dirigieron al piso de galerías y cordajes que flanqueaban el techo y la cúpula del teatro. Y de pronto descubrieron a una mujer bañada en sangre y que al ser le-



—¡Vaya mujeres que tienes en tu teatro!

vantada por ellos, dejó caer un largo alfiler que tenía clavado.

Su sangre había ido cayendo gota a gota al escenario como una cálida lluvia roja sobre la piel blanca de la corista.

—Esa muerta—dijo Murdock entre el silencio sepulcral.—Hay que esperar al médico forense. ¿Quién es esa mujer?

—No la conozco—aseguró Jack.

—¿No conoce a sus artistas?

—No es artista mía.

—¡Qué raro! ¡Vaya un sitio para morir!

—Y con tanto rascacielo. Y precisamente en una noche como ésta.

Llegó momentos después el médico, quien tras un breve reconocimiento afirmó:

—Se trata de un asesinato. No es suicidio. Le han atravesado el corazón con esto—añadió señalando el fino alfiler.— Pueden llevarse al cadáver.

—¡Qué estreno! ¡Qué estreno!—decía Jack atolondrado.

—¿Piensas devolver el dinero?

—¿Es que vas a ordenar el cierre?

—Claro. No voy a exhibir el cadáver.

—Por favor, si cierras me arruinas.

—Tengo que hacerlo. Ha habido un asesinato y... hay que cerrar.

Forcejaron largamente. Murdock, deseoso de vengarse de Jack por no haberle querido dar la localidad pedida.

—Será mejor que no cierras, que no digamos nada a nadie... y así podrás pescar al asesino infraganti. Si logras detenerlo... te harían capitán.

Aquella razón le convenció.

—Bien. Que prosiga la función.

Dió orden de que fuera trasladado el cadáver a una de las habitaciones del teatro, y el paso del cuerpo inanimado, la cabeza discretamente cubierta, causó gran sensación entre los artistas que estaban entre bastidores.

—No es nada. Un pequeño vahído—explicó.

Después Murdock se dirigió a la habitación tocador donde estaba la señora Smith.

—¿Conoce esto?—dijo mostrándole el alfiler.

—Sí. Lo lleva Rita Ross.

Está bien.

Dió orden a Jack para que Rita compareciese en el cuarto en el que reposando sobre un diván y cubierto con una manta estaba el cuerpo de la muerta.

Rita entró tranquila, esforzándose en sonreír.

—¿Qué quiere usted de mí?

Bruscamente le mostró el alfiler.

—¿Conoce esto? ¿Es suyo, verdad?

—Tal vez—replicó sin inmutarse.

—¿Sí o no?

—Suelo llevar uno parecido. ¿Por qué?

—Por esto.

Descubrió el cadáver y Rita retrocedió un paso al impulso de la sorpresa.

—¿Está muerta?

—Sí, con esto—añadió mostrando el alfiler.

—¡Qué horrible!

—¿La conoce usted?

—No.

—Me lo figuraba. Nadie la ha visto. Habrá caído del cielo.

—Yo sí la vi, pero no la conozco.

—¿Dónde la vió usted?

—Salir del cuarto tocador.

Ella contestaba serena. Con la tranquilidad de una conciencia pura.

Dió orden Murdock de que llamasen a la señora Smith y Rita prosiguió:

—Tuvo unas palabras con la encargada. Las oí. Y la señora Smith tiene un alfiler como éste.

—¿Y el suyo?

—Aquí está.

Y le enseñó el que ella llevaba puesto.

Apareció la señora Smith, quien dirigió una dura mirada de censura a Rita, mirada correspondida con altivez.

—¿Tiene un alfiler como éste?—le preguntó el policía.

—Sí, señor.

—Démelo.

Buscó la anciana y al cabo dijo temblorosa:

—No lo encuentro.

—Ya me lo figuraba... ya...

—¿Qué quiere usted decir?

—Conmigo no se juega y ni usted ni nadie me ocultará la verdad.

Entró el actor Boothy, quien, con rostro congestionado, preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Por qué habla así a esa dama?

—¿Usted quién es?

—Soy actor.

Riéndose, Murdock agregó:

—Payaso, quizás.

—¿Cómo? He trabajado con la Modjeska y Mantell.

—Lo compadezco ¡Váyase!

—Exijo que no siga importunando más a esta dama.

—No dificulte la acción de la justicia, Hamlet.

—¡Justicia!—agregó con acento dramático—. ¡Oh, justicia! ¡Cuántos crímenes se cometen en tu nombre!

—¡Salga de aquí!

Salió al fin el actor veterano, y Murdock, volviendo a descubrir el cadáver, dijo:

—¿Por qué mató a esta mujer?

—¡Oh!

La emoción hizo tambalear a la señora Smith. Pero se repuso prontamente.

—¡Mentira, mentira! Nunca la había visto.

El policía se dirigió a Rita:

—¿Es ella, no?

— Si — sostuvo con firmeza — Es verdad y lo sostengo.

— Ya ve, señora Smith, Usted disputó con la muerta... y falta el afiler.

La pobre mujer se desbizo en llanto, jurando formalmente su inocencia.

Murdock aparecía preocupado. Las cosas presentaban un gran aspecto de complicación... y Murdock se jugaba su porvenir y su carrera.

Un agente entregó al policía una tarjeta de Eric Lander citando a la detective miss Bruce para que fuera al teatro aquella noche. Acababa de encontrar la tarjeta en el corredor.

Murdock se apresuró a llamar al empresario.

— ¿Hay aquí un tal Eric Lander?

— En efecto. El tenor.

— Que venga inmediatamente. El es sin duda el culpable.

— Nada tiene que ver con esto — sollozó la señora Smith.

— Dese prisa en interrogarle, Murdock — dijo Jack, el empresario — Eric tiene que cantar en el segundo acto.

Se presentó Eric y de una ojeada, viendo el aspecto de los circunstantes, comprendió que algo grave sucedía.

— ¿Conoce a esta mujer? — dijo Murdock desembozando el cadáver.

Frunció el ceño al contemplar el rostro inanimado en el que había estereotipada una mueca de sufrimiento.

— Sí. Es Sadie Evans — dijo tristemente —. Hacía de detective privado.

— Acabáramos. ¿Y de qué la conoce usted?

— Desaparecieron algunas cosas de mi casa y la llamé.

— ¿Qué le robaron?

— Algo personal.

— Para mí no hay nada personal.

— No tiene que ver con este crimen.

Jack, impaciente, interrumpió:

— Está a punto de empezar el segundo acto.

— Cállese. De aquí no puede salir nadie. Veamos. ¿Vió a esta muchacha hablar con la Smith?

Madre e hijo cambiaron una mirada de intoligencia y al cabo negó rotundamente.

— Conque tienen miedo de comprometerse, ¿eh? Bien; proseguiremos después el interrogatorio. Hay que esclarecer toda la verdad. Veremos quién es el culpable.

Salieron todos, pues iba a comenzar el segundo acto. Ya en el corredor, Rita volvió hacia ellos con una hoja de tijera asegurando que se la acababan de lanzar contra ella cuando estaba en el camarín.

— Esta tijera es de esta mujer — acusó implacable a la señora Smith —. Ella mató a la detective y ahora quería matarme a mí.

— Esto es mentira... mentira infame — protestaba la anciana.

También Eric vibraba de indignación.

— Esta mujer es una malvada.

— Lo que yo digo — afirmó retadora —, es que si no la mató la Smith, la mató Eric.

— Rita, a escena... a escena — gritó el empresario, desesperado.

Ella se fué lentamente y aseguró a Eric:

— Cuando haya terminado mi número, lo diré todo.

— ¡Malvada!

— ¡Ojalá te vea en la silla eléctrica!

A los pocos momentos de abandonar Rita la escena, Murdock comentó:

— Bien. Esperaremos a que acabe el acto. Mientras tanto me dedicaré a ver a las chicas.

Y salió sonriente, como si no le preocupase algo de extraordinaria importancia, como si la muerte no estuviera aún acechando por allí, lúgubre y tenebrosa.

Rita, Ana y Eric tomaban parte en la escena entre varias docenas de muchachas, maravillosamente ataviadas y que se movían con una perfección graciosa.

Luego Eric cesó en su número para dejar el sitio únicamente a las mujeres, en los armoniosos giros de sus danzas.

Uno de los números del programa consistía en que Boothy, desde bastidores, armado de una ametralladora, disparaba contra todas ellas y figuraba dejarlas sin vida sobre el escenario.

Mientras se efectuaban los preparativos, Boothy se enteraba por la señora Smith de lo que había pasado.

—Digo que arruinaré a Eric y a mí.

—¡La malvada!

La música lanzó sus armoniosas notas y Boothy comenzó a disparar contra el coro con su ametralladora de balas de fuego, iban las artistas cayendo una a una en posiciones bellas, estudiadas. Pero cuando bajó el telón y se levantaron las muchachas, vieron que Rita permanecía inmóvil en el suelo. Se acercaron a ella y comprobaron con espanto que de su pecho manaba sangre.

¡Terrible realidad! Por algo inexplicable y fatal, una de las balas, la destinada precisamente a Rita era de fuego y había acabado en un santiamén con la vida de la intriga. Horrorizado, Boothy no comprendía lo que acababa de ocurrir.

El médico no pudo hacer otra cosa que certificar su defunción y Mardouk volvió a sentir la inquietud de descubrir inmediatamente al criminal.

—¡Muerta la que quería matar!—dijo—. Es indiscutible que para librarse de ella la mataron Eric Lander o la señora Smith.

—¿Eric? ¡Imposible!—dijo el empresario.



—...me dedicaré a ver las chicas.

—Pues si no ha sido él, te repito que ha sido la Smith. Tú no sabes cómo vibraban de odio los dos.

—¿Oh, no acuses tan fácilmente! ¿No metió alguien una bala en la ametralladora?

—Bien, pero ¿cómo es posible que una bala le diera precisamente a ella? No. Fue Eric o la Smith. Tráeme a los dos.

Los dos ignoraban el hecho. Eric estaba en su camarín. Tampoco la señora Smith conocía el lamentable episodio, pues había marchado poco antes de disparar Boothy la ametralladora.

Llevaba poco rato Eric en su cuarto, descontento de hablarle a Ana de la necesidad de aplazar la boda para no dar lugar a torpes venganzas de Rita, cuando entró Norma, la doncella de Rita, que tenía en sus ojos una expresión dolorosa.

Eric la recibió con agrado.

—¿Se te ofrece algo?

—No... nada—dijo bajando los ojos—. Nada más hablarle de una información sobre Viena.

—¿Lo sabías?—dijo emocionado—. ¿Lo de la carta?

—Sí.

—¿Escribió Rita a la policía?

—Escribió esta noche.

—¡Ya es tarde!—comentó con honda desolación.

—Aun hay tiempo—dijo Norma gozosa—. La carta está aquí.

—¡Norma, te debo más que la vida!

Y le ofreció un papel escrito.

Quemaba la carta cuando bruscamente apareció Murdock.

—¿Qué está usted quemando?—dijo pretendiendo impedir el fuego que ya había devorado el papel.

Eric no se alteró.

—Un billete para Rita, pero ella no tardará en venir.

—No, ¿eh?

—Vendrá pronto. Cuando se haya cambiado de traje.

—Sí, sí. Cuando se haya puesto un vestido de madera.

—¿Cómo?

—No finja. Está muerta.

Dió un paso atrás, herido por la más viva emoción.

—¡Muerta!

—¡Y usted lo sabía!

—No... no...

En tanto uno de los empleados del empresario encontraba en el corredor una pequeña pistola que entregó a Jack. Este la miró atentamente y luego dijo:

—No digas nada a nadie. Quizás hallaremos la clave. Yo no puedo creer que Eric sea el responsable.

Y se dirigió al camarín de Eric, adonde había ido también la señora Smith, que al saber que Murdock acusaba al joven de ser el autor de la muerte de Rita, lloró amargamente y negó con energía tal suposición.

Ana y la señora Smith defendieron ardientemente a Eric que también, con serenidad de hombre que nada ha de temer, proclamaba su inocencia.

Pero debía comenzar el nuevo acto, y como el público ignorase el drama que se desarrollaba entre hastidores, no hubo otro remedio que proseguir la función. Y Eric, disimulando la inquietud de la acusación, y los demás, bajo la preocupación del gravísimo instante que vivían, fueron a escena a cantar trivialidades, a vivir una alegre farsa, a decirse cosas de amor. Pero había amor de verdad en las palabras de Eric para Ana que le creía inocente y que le amaba más que antes.

Y mientras continuaba la función, Murdock y el empresario hablaban con el médico que acababa de reconocer a Rita.

—Murió por la espalda—explicó el forense—. Una bala de pequeño calibre.

—¿Pequeño calibre, eh?—dijo Jack—. Ya ve usted, Murdock, como no le mató la bala de la ametralladora.

—Pues si no fué Eric, fué la señora Smith.

Llamaron a la encargada, quien al ver en grave situación a Eric sintió, henchida de amor maternal, el ansia infinita de acusarse para salvar al joven. Y noblemente, con ese des-

prendimiento y esa nobleza de corazón de que sólo es capaz una madre, dijo:

—No... no... Eric no fué... no fué. Soy yo la culpable, la culpable de todo.

Murdock tuvo una sonrisa de inocente júbilo, pero Jack, descosido por otra parte de hacer caer en ridículo al detective, le preguntó:



...había amor de verdad en las palabras de Eric.

—Dígame una cosa, señora Smith. La mató usted con la hoja de la tijera, ¿verdad?

—Sí... sí.

—¿Por qué nos engaña?—protestó Jack—. Rita murió de un tiro de revólver, según el médico. De modo que usted no puede haber apuñalado a Rita con un revólver.

Murdock se mordió los labios y en vano la señora Smith

quiso enmendar su mal paso. Estaba fuera de duda de que ella no era la culpable tampoco. Creía el policía que sobre Eric había de caer la responsabilidad de los dos crímenes.

Dieron orden de que se retirara la mujer y los dos hombres quedaron comentando las derivaciones de aquel enigma. Descartada ya definitivamente la señora Smith, Eric era el único que aparecía complicado. Pero Jack no lo creía así a pesar de la porfía de Murdock empeñado en sostener la acusación.

Jack mostró el revólver encontrado en un corredor, lo que Murdock consideró de importancia decisiva. Si aquel revólver era de Eric la cosa estaba clara. No tardarían en llegar al desenlace de la obra dramática que en pugna con la frivolidad de la escena se estaba viviendo aquella noche.

Murdock llamó poco después a Eric y le preguntó si tenía licencia de armas.

—Sí.

—Enséñeme su revólver.

—En mi cuarto debe estar.

—Vamos allá.

Pero ya en la habitación, tuvo que explicar Eric, después de una búsqueda infructuosa, que se lo habían robado.

—¿No mató usted con él a Rita?—dijo mirándole fijamente.

—Yo no he cometido este crimen. Soy inocente.

—Miente usted. ¿Es suyo este revólver?

—Sí — dijo sorprendido—. Pero, ¿cómo lo encontró? ¿Dónde estaba?

—Donde usted lo tiró, después de matar a Rita. Ya no hay duda sobre su culpabilidad. Queda usted detenido.

Eric repitió enérgicamente que era inocente, pero ya Murdock, convencido de su responsabilidad, le puso las esposas.

Protestó el empresario manifestando que faltaba un último acto y que Eric debía aparecer en la función.

—Pues que aparezca esposado.

Eric se negó, pero Jack le suplicó tan ardientemente, que el joven se dispuso a realizar aquel sacrificio, terminar la

obra entre risas y canciones cuando del corazón brotaba sangre de dolor.

Salió al corredor y Ana, anhelante, corrió hacia él y le verle esposado se echó a llorar amargamente.

—No te preocupes. Verás qué bien sale la función—dijo Eric conservando una bella serenidad—. Pon tus manos encima de las mías. Así nadie sabrá de mis cadenas.

Salieron a escena mientras la señora Smith lloraba en un rincón y había en todas partes un movimiento de sensación profunda.

Ana cubrió con sus manos las de Eric en un magnífico dúo de amor y así nadie llegó a conocer la tragedia que estaban viviendo.

Cuando finalizó la función entre ovaciones delirantes, Murdock manifestó a Eric que era preciso que le siguiese, pues iba a llevarle a la comisaría.

—Eric no es culpable—decía el empresario—. Te pesará luego lo que hares, Murdock. El más grande de los ridículos caerá sobre ti.

—No tengas tanta imaginación.

Ana se abrazó a su novio.

—Iré contigo. Compartiré tu suerte.

—Gracias, Ana, pero déjame. Nadie puede acusarme. Esa ofuscación pasará y quedaré libre.

—Te quiero, Eric.

Bueno, basta de transportes amorosos y andando—dijo Murdock.

Pero en aquel momento, Norma, la doncella de Rita, avanzó hacia ellos en una actitud que tenía mucho de trágica y señalando a Eric, dijo sordamente:

—¡Alto, alto! ¡No fué él! ¡No pueden llevárselo!

Levantóse un murmullo de emoción mientras por los labios de Murdock se dibujaba una mueca de contrariedad.

—Eso me faltaba.

- No la mató... no la mató—repetía tenaz la doncella.
 —¿Cómo que no? ¡Mató a las dos y tan campante!
 —¡Yo lo vi!—siguió diciendo Norma con verdadera emoción.
 —¿Qué es lo que vió?
 —Sí. Vi a Rita Ross. Rita tenía celos de Ana porque ésta iba a casarse con el señor Eric Lander. Estaba furio-



—Iré contigo. Compartiré tu suerte.

na. La vi salir de su camarín. Al principio no le di importancia, pero luego vi que subía y sé que fué ella.

Eric la miraba anhelante. Aquella mujer podía ser la clave de su salvación. Murdock, molesto, la interrumpió:

—Diga lo que vió, no lo que sabe. ¿Tiró ella el saco?

—No sé. Cuando ella volvió a su camarín llevaba una botella de ácido. Ello me sorprendió y la seguí. Vi que la se-

guía otra mujer. Miss Ana cantaba con Eric en el escenario. Rita subió a la galería alta. Rita iba a tirar a la pareja el ácido y aquella mujer lo vió. Rita levantó el brazo. No pude ver más. Aquella mujer cayó. ¡Eric es inocente; no puede usted detenerlo!

Murdock frunció el entrecejo.

—¿Y por qué no dijo usted lo del ácido?

—Porque no le di al principio importancia.

Norma se iba excitando. Luego prosiguió con una exaltación vehemente:

—Vi que se llevaban a Rita, pero creí que estaba desmayada. Era muy mala. Rita merecía que la llevaran a la silla eléctrica.

Murdock preguntó con severidad:

—¿La apuñaló usted?

—La hoja la tiró ella para inculpar a la señora Smith.

—Me parece que se está usted enredando. Vamos, Eric, en la comisaría averiguarán lo demás.

La señora Smith y Ana protestaron contra aquella determinación y Norma gritó más alterada cada vez:

—¡No puede llevárselo! ¡No puede llevárselo!

—Me lo figuraba—dijo Murdock sarcástico—. Usted vió matar a Rita Ross, ¿no?

—Sí, sí. Lo vi.

—¿Y quién fué?

—No fué Eric. El la trataba bien... lo mismo que a mí. Rita era muy mala para mí. Me trataba con dureza. Alguna vez había llegado a pegarme. Yo la odiaba como nunca odié a nadie. Cogí su revólver. Sabía donde estaba. Me fui a verla hallar. La vi danzar y sonreír y pensé lo negra que tenía el alma. La música seguía. Giraba el escenario. La vi como una mujer sin corazón. Merecía la muerte. Vi al señor Boothby coger la ametralladora. Aquellos disparos me entraban en el cerebro. Pedí a Dios que le destinase a ella una de

aquellas balas. Me regué. Apunté el revólver... y cumplí mi venganza.

Todo el mundo callaba, abrumado bajo el peso de aquellos acentos que hablaban de una verdad dramática y sombría.

Pero Murdock no se daba aún por entero vencido y dijo:

—¿Y la mató usted con el revólver de Eric?

—¿De Eric? No... Era de Rita. Yo lo encontré en su camarín.

—Entonces—dijo Eric—, no hay duda que me lo robó. Vea bien claro el plan. Querría culparme a mí de algún crimen para tenerme en sus manos ¡La malvada! Acaso pensaba matar a Ann.

—Le odiaba mucho, mucho — dijo Norma—. No quería que la boda se hiciera.

Murdock estaba ya convencido y sin decir nada quitó las esposas a Eric. Este estrechó las manos de la doncella que con su intervención le había salvado.

—Gracias, Norma, gracias. Y voy a buscar, para que te defienda, el mejor abogado de Nueva York. Lo que nos has dicho se lo dirás a él.

Jack sonreía contento de que ninguno de sus artistas fuese inculcado. Y aun bromeó con Murdock, a quien dijo:

—¿Y qué, te ha gustado la función?

—Francamente... regular nada más.

El empresario se disgustó.

—¿Qué sabes tú de teatro? Tú sabrás descubrir crímenes... y aun...

Entonces apareció la artista Nancy, que aquella misma noche durante varias veces había querido hablar a Jack:

—¿Qué querías decirme, Nancy?

—Pues quería decirle que Rita Ross ha estado robando cosas.

—¿Cómo?

—La vi sacar un alfiler de sombrero del guardarropa.

—¿Magnífico!—dijo Murdock—. Eso acaba de definir los hechos. ¡Ah! ¿por qué no la escuchabas antes, Jack?

—No necesito tus lecciones, mal detective.

Se enzarzaron en una fuerte discusión hasta que Murdock se llevó a Norma a la comisaría.

Y a la vez que terminaba la revista había acabado también el drama entre hastidores.

Ann y Eric se casarían el día siguiente y la señora Smith continuaría manteniendo el secreto de su vida junto a aquel Eric, hijo suyo, al que quizás un día pudiera reconocer oficialmente. Y entretanto seguiría la vida tejendo sus horas de amor y de dolor, pero el cruel pasado no les atormentaría más.

F I N

**¿Ha adquirido usted ya los
grandes éxitos de Edicio-
nes Especiales BISTAGNE?**

RETENGA EN SU MEMORIA ESTOS TITULOS :

*La dolorosa
Canción de cuna
SOR ANGELICA
Hombres del mañana
Las fronteras del amor
El negro que tenía el alma blanca
Tarzán y su compañera
La hermana San Sulpicio*

¡Siempre lo mejor! Precio: UNA PESETA

EN BREVE:

**Catálogo ilustrado
de las selectas Edi-
ciones Especiales**

Pídalo, gratis y
sin compromiso

EDICIONES BISTAGNE
PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS
TEL. 18841 - BARCELONA